

profesaba la religión de Rousseau, como la mayor parte de los caudillos de la Revolución. Su fe en un Dios de justicia y de bondad palpita en las cartas á su mujer y á sus amigos y en la invocación con que puso fin al discurso que pronunciara al ejército del Oeste, cuando la fiesta por las primeras victorias de las tropas de Italia. «¡Dios, que velas por los destinos de este Imperio, que en los combates has dirigido nuestros golpes, el hombre que Tú creas debe ser libre; no permitas que ningún dominador le gobiernel ¡Extirpa las facciones del seno de la República y protege nuestras santas leyes!» Para apreciar lo que Hoche aventajaba á Bonaparte en valor moral, basta comparar lo que cada uno ha dicho del otro. Cuando Hoche se consumía en su penosa y deslucida tarea de acabar con la guerra civil en el Oeste mientras Bonaparte alcanzaba en Italia deslumbradores triunfos, pocos hubiesen escapado á la mordedura de la envidia; lejos de esto, Hoche expresa en cartas de generosidad encantadora su entusiasmo por la gloria de su rival, y le defiende contra los que osaban acusarle de ambicioso. Volvamos la hoja. Napoleón, en Santa Elena, hablando de Hoche, le trata como una especie de pequeño Bonaparte, de ambición desmesurada, «que no pensaba sino en señorearse del poder por la fuerza, que le habría disputado la suprema magistratura, que se habría vendido, porque gustaba del dinero y de los placeres». ¡Que Hoche se habría vendido! Semejante calumnia revela, en quien la pronunció, cómo á un gran genio puede acompañar un alma rastrera. ¡Otro habría sido el porvenir de Francia si, en lugar de Hoche, hubiese desaparecido Bonaparte! Sin duda, no se habría evitado la supremacía militar; pero el recto sentido y el patriotismo de Hoche habrían templado todo género de peligros y abusos, y conducido, tal vez, por la paz al establecimiento de la libertad bien entendida. Con razón dice Henry Martín que la Providencia fué severa con Francia: le arrebató el general que podía salvarla y le dejó el que había de perderla.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

Paz de Campo-Formio y apertura del Congreso de Rastadt.—Roma y Suiza



El belicoso Thugut no tuvo más remedio que plegar la bandera de la guerra. Ni dentro ni fuera había quien le apoyase. Dentro, emperatriz, pueblo, ejército, todo el mundo pedía la paz; fuera, Rusia seguía aconsejándola, Inglaterra la negociaba. Su última gestión fué tratar, cuando recibió de Bonaparte la violenta nota del veintiuno, de disuadir á Inglaterra de concluir por separado la paz con Francia. «Si fracasamos en nuestra negociación con la República, contestó el ministro Grenville, reanudaremos gustosos la alianza con Austria; si Francia obra lealmente, concluiremos la paz por separado»; y, ante esta actitud, Thugut hubo de bajar la cabeza y continuar las negociaciones de Udina, á donde fueron enviados de nuevo el marqués de Gallo y Merweldt, con el embajador de Basilea, Degelmann. Las instrucciones rezaban que se restaurase en Venecia el gobierno aristocrático; que el Emperador se quedaría con Venecia y las Legaciones, cediendo parte de Brescia á la República Cisalpina, ó, á falta de las Legaciones, con otro territorio italiano de valor equivalente; y que, respecto de Alemania, se dejase todo para el próximo Congreso, proclamándose una vez más el principio de la integridad del Imperio. Seguía larga serie de consideraciones, informadas en el pensamiento de que los franceses podían tomar en Alemania cuanto se les antojase, con tal que cediesen en Italia á los austriacos lo que á éstos conviniese. ¿A qué proclamar entonces la integridad del Imperio? Thugut había vuelto de lleno á su antigua indiferencia para con Alemania, adoptando una política exclusivamente austriaca.

El diez y nueve de Agosto se hallaban en Udina los tres embajadores imperiales; Bonaparte llegó el veintisiete á Passeriano, casa de campo del ex-Dux Manin, muy cerca de la población, y el treinta y uno se abrieron las conferencias. Sobre todos los extremos se vertieron opiniones muy encontradas. Bonaparte apelaba unas veces á la persuasión, otras á la intimidación. En las discusiones familiares se impuso á sus adversarios y logró ganarse á Gallo, que le reveló que sólo Thugut se oponía á la paz y que, ayudado de la influencia de la emperatriz, estaba dispuesto á todo para derribar al testarudo ministro. El cinco de Septiembre, cuando los plenipotenciarios le exigieron el abandono de Venecia y de las Legaciones como condición de cualquier cesión en el Rhin, le tocó el turno á la intimidación. El general invicto se mostró profundamente indignado; habló con desprecio del ejército austriaco; dijo que antes de quince días podía estar en Viena, y, para dar más peso á esta amenaza, al día siguiente publicó una orden anunciando á sus divisiones que se equipasen y estuviesen dispuestas á partir para el veintitrés de Septiembre. El once se recibió la noticia del diez y ocho de Fructidor, que Bonaparte representó á los austriacos como obra suya, ponderándoles, al mismo tiempo, el aumento de fuerza que de aquí resultaba para la República. Con este golpe, los negociadores imperiales acabaron por rendirse, al extremo de ofrecerse Merweldt á llevar en persona á Viena las últimas proposiciones del general francés y aconsejar que se aceptasen. Eran las proposiciones: que Francia guardaría, además de Bélgica, Maguncia y otros territorios, y que Austria adquiriría Venecia, bien hasta el Oglio, sin la capital, ó hasta el Adige, con la capital. Merweldt partió el trece, suspendiéndose las negociaciones hasta que llegase la respuesta imperial.

Bonaparte ardía en deseos de acabar con el Austria. Sus proyectos sobre Oriente tomaban cada día más consistencia, y á este paso aumentaba su impaciencia por lanzarse al nuevo é inmenso campo de gloria. Después de haber ocupado las islas Jónicas, había trabado relaciones, por una parte, con los griegos y los belicosos mainotas; por otra, con los pachás de Janina, Scutari y Bosnia. A sus ojos, las islas jónicas tenían más importancia para Francia que toda Italia. «El Imperio turco, escribía al Directorio el diez y seis de Agosto, se está desplomando; la posesión de aquellas islas nos permitirá sostenerle ó hacernos con parte de él, según nos convenga. No está lejos el tiempo en que deberemos apoderarnos de Egipto, para arruinar radicalmente á Inglaterra». Estos planes agradaban al Directorio. «Nada más importante para nosotros, decía Talleyrand el veintitres, que sentar pie en Albania, Grecia, Macedonia y otras provincias de la Turquía Europea, y hasta en todas las que baña el Mediterráneo, especialmente en Egipto, que puede sernos un día de sumo interés». Acompañando la acción á la palabra, Bonaparte mandaba fortificar las ciudadelas de Corfú y de Cefalonia, equipar y armar, en el arsenal de Venecia, navíos de guerra, con tal diligencia que, á fines de Agosto, disponía de una flota respetable, compuesta de doce buques de guerra, con las correspondientes embarcaciones lige-

ras. El trece de Septiembre, escribía á Talleyrand: «El gran principio de la República debe ser en adelante no abandonar á Corfú y las islas. ¿Por qué no tomar también á Malta? Fácilmente podría ocuparla el almirante Brueis. Su guarnición se reduce á cuatrocientos caballeros y un regimiento de quinientas plazas..... Una vez dueños de San Pedro, de Malta y de Corfú, el Mediterráneo sería nuestro, y por si algún día tenemos que ceder el Cabo, á consecuencia de la paz con Inglaterra, conviene señorearnos de Egipto, para lo que bastaría con ocho ó diez navíos de línea y veinticinco mil hombres..... Con soldados como los nuestros, para quienes todas las religiones son buenas, mahometanos, coftos, árabes, paganos, todos nos son indiferentes; á todos los trataríamos con la misma consideración». En consonancia con estos proyectos, tres días después, con motivo del aniversario de la fundación de la República, dirigió á la flota una proclama dándole cuenta de las conspiraciones realistas y de la gloriosa jornada del diez y ocho de Fructidor. «Compañeros, decía, después de haber dado la paz al Continente, trabajaremos juntos por conquistar la libertad de los mares..... La victoria coronará nuestros esfuerzos. Sin vosotros, sólo podríamos llevar la gloria del nombre francés ó un pequeño rincón de Europa; con vosotros, volaremos allende los mares, y nuestra gloria nacional llenará los países más remotos.

El golpe de Fructidor le regocijó, esperando que Austria, privada de sus cómplices en París, se apresuraría á firmar la paz y le dejaría libre para lanzarse á las mágicas regiones del Oriente. Como de costumbre, en pos de la alegría vino la tristeza. El quince y el diez y ocho de Septiembre recibió despachos de Barras y de Talleyrand. «Concluya usted la paz, decía el primero, pero una paz honrosa, que nos dé á nosotros la frontera del Rhin y Mantua á la República Cisalpina, sin ceder Venecia al Austria; tal es el voto del Directorio y de todos los republicanos, el interés de Francia y de su inmortal ejército». Talleyrand le pedía más aún: que expulsase por completo á los austriacos de Italia. Volvía el Directorio de pleno á la política jacobina, á la codicia dominadora y al ardor revolucionario del noventa y tres, olvidando que aquellas empresas habían costado al país, en el curso de dos años, más de un millón de hombres y sumas sin cuento. Como ciego, se precipitaba adelante, sin pensar en el mañana. Quería democratizar á Italia; suscitaba disensiones en Suiza; rechazaba el tratado de alianza con Cerdeña; llamaba de Lille á los negociadores Letourneur y Marat, y ordenaba á los sucesores de éstos exigir de Inglaterra que renunciase á todas las colonias conquistadas, francesas, holandesas ó españolas, y, caso de negarse á ello, despedir á Malmesbury en el plazo de veinticuatro horas. Bonaparte les contestó el diez de Septiembre en términos firmes. Decía que quizás Merweldt trajese la paz de Viena, dando al Emperador la frontera del Adige, con la ciudad de Venecia, Mantua á la Cisalpina, Maguncia y las islas jónicas á Francia, con la esperanza de obtener la línea del Rhin en la paz del Imperio. Si se despojaba de Venecia el Emperador,

temía que las hostilidades se reanudasen en Octubre. Para este caso, hablaba del ejército austriaco, que ascendía á cien mil hombres, y de las fuerzas que él podría poner en movimiento, que apenas sumaban cuarenta y cinco mil infantes y cuatro mil caballos, siendo menester por ello, que se le enviase un refuerzo de diez y seis mil hombres y que el ejército del Rhin se hallase en disposición de avanzar resueltamente. «Si vuestro ultimatum, concluía, es no dar Venecia al Emperador, creo que las medidas que acabo de indicar deben tomarse sin demora». A este despacho acompañaba una carta á Talleyrand, tan notable desde el punto de vista político como la comunicación oficial lo era desde el diplomático. Este ministro, comprendiendo que el porvenir estaba en manos de Bonaparte, trataba de captarse su confianza, y á este efecto, en su carta del ocho de Septiembre, habiale preguntado si le sería grato que le enviase á Sieyes. Bonaparte le respondió ahora que le causaría suma satisfacción, y á renglón seguido le bosquejó con rasgos salientes la futura constitución de Francia. «A pesar de nuestro orgullo, de nuestros innumerables folletos y nuestros pomposos discursos, somos todavía muy ignorantes en moral política; no hemos definido aún lo que sean el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial. ¿Por qué colocamos el derecho de declarar la guerra y el de votar los impuestos entre los atributos del poder legislativo? Que así suceda en un reino, donde la Cámara de los Comunes es el único muro opuesto á la codicia de los cortesanos, se comprende; pero en una república, donde todo poder emana del pueblo, ¿por qué confiar al poder legislativo cosas ajenas á su naturaleza? El poder gubernamental debería ser aquí el verdadero representante de la nación y reinar conforme á las leyes orgánicas; se dividiría en dos magistraturas: la una, numerosa y compuesta de personas expertas é instruidas, representaría al gran Consejo nacional y poseería los grandes principios de gobierno, y la otra sería lo que se llama hoy poder ejecutivo. El Cuerpo legislativo se limitaría á fijar las grandes leyes orgánicas....., y no nos inundaría con esos miles de absurdas leyes casuísticas». Se transparentan en estas líneas el Emperador democrático, único representante de la soberanía popular, el Senado conservador y los diputados mudos de los departamentos. «He aquí, seguía diciendo Bonaparte, un sistema completo de política, que las actuales circunstancias hacen viable. Es triste que una gran nación tenga que recurrir siempre á las bayonetas para salvar la patria. La necesidad de los medios violentos prueba la deficiencia de la Constitución».

El diez y nueve de Septiembre recibió Bonaparte contestación al anterior despacho. Decíale Talleyrand que no se le podría enviar más de tres mil soldados, sin caballos; que no contase con el socorro del Piamonte, porque el Directorio no ratificaría el tratado de alianza, y que negase al emperador Venecia, Tierra-Firme y el Friul. «Tal es, concluía, el ultimatum del Directorio....., que es ahora bastante poderoso en lo interior para exigir la paz tomando por base, no preliminares irreflexivos y precipitadamente adoptados, sino

los intereses nacionales». Estas imprudentes frases lastimaron en lo más vivo á Bonaparte, autor de los preliminares. Hubo más. En los mismos días, recibió el ya ofendido General, por manos de un ayudante de Augereau, carta de éste quejándose de su largo silencio y de la actitud poco patriótica de Lavalette, y con la carta, una circular sobre el diez y ocho de Fructidor dirigida á los generales de división, y un despacho de Scherer, á los tesoreros del ejército: despacho y circular que debieron haberse mandado á Bonaparte. Ante tamaña desconsideración, éste envió su dimisión el veinticinco, con el carácter de irrevocable, y escribió á Talleyrand extensa carta hablándole con desprecio de las torpezas del Directorio. «Se me debilita con veinticinco mil hombres, decía, porque no se quiere que seamos aliados de un reino. ¿No buscamos en estos instantes una alianza con el Rey de Prusia? ¿Es que se quiere revolucionar el Piamonte? Pues el medio más sencillo para ello sería confundir sus tropas con las nuestras: el gigante abrazaría al enano y le aplastaría entre sus brazos, sin que se le pudiese acusar de quererle mal. Si no se comprende esto, yo no sé qué hacer..... No hay que forjarse ilusiones sobre los supuestos patriotas italianos. Sin nosotros, el pueblo italiano, que nos odia profundamente, los aplastaría en un cerrar de ojos». No bien se enteró el Directorio del enojo de Bonaparte, se le cayeron las alas. Todas las satisfacciones le parecieron pocas. Un pobre copista cargó con la culpa de las circulares, y se envió al General fervientes protestas de respeto y afecto, con la promesa de suscribir á todos sus deseos. Seguro de antemano de este resultado, Bonaparte había reanudado las negociaciones de Udina, con el aplomo que infunde el sentimiento de la completa independencia.

El cansancio dentro y el aislamiento fuera, imponían la paz al gabinete de Viena. No bien llegó Merweldt con el ultimatum de Bonaparte, el Emperador escribió de su puño y letra al temible General, protestando de su sincero deseo de paz y anunciándole la próxima partida del nuevo embajador. Era éste el conde de Cobentzel, que el veintiséis de Septiembre llegaba á Udina, y al día siguiente celebraba la primera conferencia. Comenzó, como sus colegas, tratando de sostener íntegras las pretensiones del Austria. El veintiocho por la tarde, en conferencia íntima con Bonaparte, apuntó, á propósito de la margen izquierda del Rhin, que el Emperador temía, caso de cederla, dar pretexto á Prusia para extenderse en Alemania. El General respondió que como el rey prusiano se mostraba muy amigo de la República, ésta no podía menos de corresponderle, y añadió: «Pero si ustedes se pusiesen de acuerdo con nosotros, no tendríamos ya motivo para dejarle tomar un palmo de tierra». Le preguntó Cobentzel, entonces, si aceptaría un artículo secreto redactado en este sentido. «¿Porqué no?, respondió Bonaparte; por mi parte no veo inconveniente si llegamos á una concordia en todo lo demás». Esta frase tenía más importancia para Thugut que cuantas se habían pronunciado hasta entonces en Udina. El veintinueve de Septiembre, en la segunda conversación confidencial, Cobentzel protestó de las exagera-

das pretensiones de Francia, se cerró á la banda en lo de las cesiones en el Rhin y terminó su perorata con esta frase, que expresaba por vez primera el pensamiento fundamental de Thugut: «Si posible fuera que obtuviesen ustedes de nosotros alguna benevolencia respecto de sus exorbitantes exigencias, sería solamente en el caso de que añadiesen algo á nuestras indemnizaciones en Italia». Se convino en que Cobentzel redactase un proyecto de tratado, para la próxima reunión, que fué el primero de Octubre. Proponía, en una serie de artículos, adjudicar al Austria Venecia, hasta el Adda, con la capital, Módena y las Legaciones; dejar á los franceses en libertad de ocupar á Maguncia; devolver á Prusia el ducado de Cleves, y guardar por siempre secreto este tratado. Enormes le parecieron á Bonaparte las exigencias de Cobentzel; sin embargo, prometió tomar en consideración el proyecto, que fué base de las ulteriores conferencias. Los preliminares y la integridad del Imperio quedaron abandonados, por el principio de la política de Thugut, de ceder en Alemania lo equivalente de lo que Austria adquiriese en Italia.

En la discusión de los artículos del proyecto, Bonaparte extremó todos sus recursos para imponer su voluntad. Respecto de Alemania, empezó por pedir que fuesen consideradas como parte integrante del territorio nacional las provincias que Francia se había incorporado en el noventa y tres, y, obtenido esto, pidió la rectificación de la frontera, tortuosa y absurda, por una línea estratégica y bien marcada, que daba á Francia trescientos mil habitantes más; á todo cedieron los austríacos. En correspondencia, convino en que Austria adquiriese el arzobispado de Salzburgo y la Baviera hasta el Inn. Tocante á Italia, Cobentzel se atuvo á la frontera fijada en Leoben, que era el Oglio. Objetó Bonaparte que, añadiendo á lo convenido en Leoben la ciudad de Venecia y el Dogado, la línea del Oeste debía ser el Adige. Cobentzel se defendió con tesón; Bonaparte se mantuvo inflexible, y la línea del Adige quedó convenida. Mayor aún fué su intransigencia respecto de las Legaciones. «Dejadnos las Legaciones, le dijo Cobentzel, y tomad toda la margen izquierda del Rhin». Ni por esas. Todo, menos que el Emperador pasase el Pó y se hiciese con esto dueño de toda Italia; y en cuanto á la parte de la margen izquierda del Rhin que quedaba fuera de los límites fijados, esperaba obtenerla sin trabajo cuando se negociase la paz del Imperio. Cobentzel, viéndose acorralado, manifestó que, no teniendo autorización para aceptar semejantes condiciones, consultaría á Viena. La respuesta podría tardar unos ocho días. A regañadientes se resignó Bonaparte á este nuevo aplazamiento, y á su vez, dirigió también á París una comunicación, dejando transparentar su intención de tratar conforme á sus deseos, sin tener en cuenta los del Directorio. «Dentro de tres días todo habrá concluído, decía á Talleyrand; tendremos la guerra ó la paz. Confieso que haré cuanto pueda por la paz... Ustedes no conocen al pueblo italiano; no merece que se sacrifiquen cuarenta mil franceses por su libertad. Parten siempre del falso principio de que la libertad puede inspirar grandes cosas á un pueblo muelle, supersticioso, fanfarrón y

cobarde. Me pedís milagros, y yo milagros no sé hacer». Le pintaba á continuación la incapacidad militar de los italianos, y deploraba la tendencia del Directorio á volver á la política del noventa y tres. «Atengámonos á la verdadera política, que se amolda á las circunstancias y posibilidades, y seremos por mucho tiempo la primera de las naciones y los árbitros de Europa; tendremos en nuestra mano la balanza de esta parte del mundo, que haremos inclinar del lado que nos parezca, y, si la suerte no se opone, veo la posibilidad de llegar en pocos años á estos grandes resultados, que la imaginación exaltada puede representarse en lontananza, pero que sólo á un hombre frío, perseverante y reflexivo es dable alcanzar. Escribo á usted lo que pienso; es la mayor prueba de estima que le puedo dar».

Faltóle paciencia al ilustre General para esperar los ocho días que había concedido á Cobentzel, y tomó pretexto de un despacho del Directorio para pedir que se redactase en seguida el tratado de paz, amenazando con que nuevas órdenes podían, de un momento á otro, echar á perder toda la labor realizada. Cobentzel hubo de proceder á la redacción de los artículos, sin esperar la llegada del correo de Viena. Produjéronse entonces escenas violentísimas. Pidió Bonaparte la anexión de las islas jónicas á Francia; Gallo las quería para Nápoles; Cobentzel acabó por manifestar que no le importaba de quién fuesen con tal que no se adjudicasen á Francia. Lastimado por aquella tenaz oposición que desbarataba sus más caros proyectos, el General se puso furioso; juró, perjuró, insultó y acabó por declarar que el Directorio desaprobaba todo lo convenido y no dejaba al Emperador más que la Istria y la Dalmacia. Inconveniencia semejante sacó de sus casillas á Cobentzel. Gracias que Thugut le había participado unos días antes que el Emperador deseaba la paz, sin embargo de haberse roto las negociaciones de Lille, con tanta más razón cuanto que no la consideraba sino como una tregua, que podría romperse veinte veces al día cuando se negociase la del Imperio. En virtud de esta comunicación, Cobentzel cedió, como de costumbre, y las islas jónicas fueron de Francia. Con más violencia se condujo aún Bonaparte en la sesión del once de Octubre. Celebróse por la tarde; á las primeras de cambio, el General apareció muy excitado, y se excitó más aún apurando varios vasos de ponche. Exhibió un proyecto de tratado, reivindicando para Francia en Alemania, además de las concesiones otorgadas, el Frickthal y el condado de Falkenstein, con la exigencia de formal reconocimiento por parte del Emperador, no contentándose con lo que le concedía Cobentzel, de dejarle en libertad de ocuparlos. Veíase claro que buscaba un pretexto para armar bronca. El embajador austriaco rechazó naturalmente su pretensión, y entonces Bonaparte no fué ya hombre, fué una fiera. Se desató en sangrientas invectivas; recorrió á grandes pasos el salón tambaleándose como un borracho; rompió un servicio de porcelana que había sobre la chimenea, diciendo: «¡Sea, la guerra! Antes que pase otoño, habré roto vuestra monarquía como rompí esta porcelana»; se lanzó fuera, y subió á su